

La narración de la violencia

El discurso autobiográfico que da testimonio de la violencia sufrida resulta un instrumento eficaz en el proceso de reconstrucción personal y, en el caso concreto de las mujeres, un modo de revisar una experiencia de coerción para convertirla en itinerario, en narración curativa de un proceso de auto-reconocimiento y, en definitiva, en una recuperación de la dignidad.

La literatura escrita por mujeres para narrar experiencias de violencia física o psicológica constituye ya, por desgracia, un nutrido «corpus» que recoge la evidencia de una realidad que no cesa y que, además, es encubierta con toda clase de argumentos sociales, políticos y económicos que sólo pueden desmontarse a partir de un movimiento de recuperación de la propia identidad, descodificando los mecanismos ideológicos de subyugación y coacción que operan en una sociedad patriarcal, o los chantajes afectivos o de seducción que encubren la violencia en las relaciones personales.

Ese movimiento de recuperación es lo que, a mi modo de ver, propicia un cambio personal y, en consecuencia, un replanteamiento de lo aprendido, una relectura de lo tenido por sagrado e inamovible y, en fin, una toma de conciencia de las propias necesidades físicas, psicológicas y afectivas, que ya no van a poder ser silenciadas.

Sólo así, escribir acerca de la violencia sufrida no resulta un morboso ejercicio de autocompasión, y ni siquiera un testimonio de que existen las palizas, las violaciones o los asedios psicológicos, ni se reduce el discurso a denunciar que existen verdugos y víctimas, sino que resulta, sobre todo, un modo de dar cuenta de un esfuerzo personal que opone resistencia a lo que es tenido por normal y cotidiano.

Autobiografías y novelas dan, así, testimonio de un hecho que se reproduce a lo largo de la Historia, pero que no siempre ha sido narrado por las mismas protagonistas que lo han sufrido. La violencia que se cuenta en primera persona, real o de ficción, es el reflejo de una voluntad de poner en evidencia algo que ya no se quiere esconder. Y las biografías que rescatan cartas, documentos escritos y otros testimonios constituyen en esa línea el entramado que rellena los huecos de silencio, las vidas invisibles que han dejado sin explicar una buena parte de la historia de los seres humanos.

Los testimonios, literarios o verídicos, que irían apareciendo no son sino muestras significativas que remiten a una literatura entrañable y comprometida que da fe de un trabajo de búsqueda, de reflexión y, por encima de todo, de la inagotable capacidad de reacción de las mujeres en la detección de las variadas

* Crítica literaria

formas en que la violencia puede alcanzarlas. Escribir es, ya, haberse liberado de la seducción psicológica o afectiva y haber reflexionado sobre los mecanismos ideológicos de subyugación o de coacción que, de una u otra forma pesan social y culturalmente sobre esas mujeres, cuyas historias expresan la fuerza de la violencia física conyugal, familiar o social que han debido contrarrestar.

I. AUTOBIOGRAFÍAS

Los relatos que narran en primera persona una experiencia verídica suponen, en general, el triunfo sobre unas estructuras de poder que exceden lo puramente conyugal o familiar. Así parece indicarlo Tehmina Durrani cuando escribe *Mi señor feudal*, su autobiografía.

Hija de un rico hombre de negocios pakistaní, había sido educada para ser una mujer moderna e independiente, una excepción exótica y elitista en medio de una sociedad musulmana, cuyas mujeres apenas tienen derechos si se «portan bien», y que viven peor que muertas si deciden no obedecer. Su matrimonio con un todopoderoso señor feudal la hundió progresivamente en la inseguridad, pues no puede denunciar los malos tratos que recibe de su marido, ni tampoco consigue que su propia familia la apoye. La ideología dominante establece las leyes para las mujeres, tanto en lo religioso como en lo civil. El Estado es el garante del funcionamiento de los mecanismos de subyugación que administra a través de sus instituciones: un señor feudal tenía todos los derechos, y los empleaba a placer en su papel de señor y de marido, incluso cuando, encarcelado por motivos políticos, su mujer, Tehmina, lo sustituía en el trabajo político en el partido.

Así, cuando decidió romper el código de silencio y denunciar la violencia, las leyes amenazaron su integridad personal, y su única protección consistió en publicar un libro como denuncia testimonial. Su narración no era sólo descripción de golpes y chantajes, sino una forma de poner en cuestión el origen mismo del poder coactivo. Estas son las palabras con que cierra su narración:

Sentada a solas con mis pensamientos, deduje que el destino me había colocado en esa senda tortuosa por alguna razón. Nuestra sociedad conservadora consideraba obsceno que una mujer revelase sus secretos íntimos, pero, ¿no era un crimen mayor guardar silencio? El silencio es cómplice de la injusticia, engendra servilismo y fomenta una maligna hipocresía. Mustafá Jar y otros señores feudales medran y se multiplican al amparo del silencio. Las mujeres musulmanas tienen que aprender a alzar sus voces contra las injusticias. Para mí, la política convencional había dejado de ser la respuesta. En Pakistán, el sistema sólo sirve para engañar aún más a los explotados. Descubrí que no podía hacer nada mejor por mi país que exponer lo que hasta entonces había permanecido oculto. (Durrani, 419)

Estos hechos denunciados por Durrani producen en ella un significado de resistencia sólo cuando ya no funcionan los mecanismos afectivos y la experiencia puede ser separada de los sentimientos y convertida en un objetivo político. Pero hay otras experiencias que no llegan a adquirir esta dimensión, sino que se ciñen a un testimonio de denuncia, cuya misma sencillez revela una situación histórica de humillación. Es lo que sucede con *Amán. Historia de una joven somalí*, una historia que es también la de la madre y la abuela de la protagonista y, por extensión, la de las mujeres de la tribu en la que se crió. Amán es una mujer somalí que narra su vida a una antropóloga norteamericana. Casada en Italia con un estadounidense cuando ella ya había huido de su país, y de Kenia y de Tanzania, Amán pudo rehacer su vida en los Estados Unidos y, a la vuelta de los años, no podía creer que su historia hubiera sido real, para ella y para tantas mujeres como la habían padecido y la estaban todavía reproduciendo en su país. Nacida en una familia de jefes tribales, padeció la ablación del clítoris (que le practicaron las mujeres de la familia –aunque en contra de su madre– como un acto ritual) y fue vendida como esposa, a los trece años, a un hombre mucho mayor que ella, de quien huyó asustada por su violencia, sólo para caer en una de las redes de prostitución cara que operaban en la capital.

La idea de que podía huir de lo que era su «obligación» era algo que había aprendido de su madre, que aceptó el divorcio de su marido porque no quería asumir sus imposiciones, y que trató de educarla en la idea de una cierta libertad. Sin embargo, la ley estaba por encima de sus deseos, y, tras una vida llena de persecuciones legales, en un país en que las leyes codifican toda la existencia de los seres humanos, tuvo que marcharse de su país para poder escapar al terror.

Amán es, sin embargo, ambigua en cuanto a las propias tradiciones. Su relato es de una sencillez brutal, y quien lo lee descubre en la misma estructura de su discurso un nivel supraestructural que está gravitando sobre lo que cuenta, determinando su misma aceptación de lo injusto. Los mecanismos culturales y sociales de subyugación impregnan el discurso de la niña y dejan ver, más allá de su inocencia, la historia del ser más desvalido en la sociedad somalí, y en muchas otras: la niña. Una niña que describe con estas palabras cómo sobrevivió a su circuncisión:

Tuve puestas las espinas durante tres días. Luego, la mujer que me había hecho la circuncisión volvió y me las quitó. Todo ese tiempo permaneces con las piernas atadas, incluso cuando haces pis. No tienes que beber mucho para orinar lo menos posible. No comes mucho para no tener que hacer caca... Sólo te dan un poco de sopa, con verduras, y pan seco, porque quieren que tu cuerpo se seque rápidamente. Cuanto más líquido bebes, más pipí haces y más húmedo está todo, y ellas no quieren eso. Cada vez que orinas, escuece, así que echan agua caliente con sal sobre tus genitales mientras haces pipí. La sal es un desinfectante, y el agua caliente calma el dolor. (*Amán*, 66)

La infancia que Amán recuerda sólo tiene momentos felices cuando su madre está presente en su memoria. La madre que tuvo que comprar cara su libertad y que trató, sin éxito, que sus hijas también la disfrutaran. Vender niñas a maridos ricos, tanto da si son jóvenes o casi ancianos, es una práctica despiadada, pero habitual en padres procedentes de algunos países árabes. Betty Mahmoody, víctima de la violencia familiar y estatal en Irán, por haberse casado en Estados Unidos con un hombre iraní (sus libros *No sin mi hija* 1 y 2 han sido llevados al cine), prologa, por solidaridad personal y de género, *Vendidas*, la historia de Zana Muhsen, una mujer inglesa cuyo padre, yemení, las vendió a ella y a su hermana por mil libras cada una a dos compatriotas, en 1980.

Las leyes dictan que las hijas de padre yemení, aunque hayan nacido en Inglaterra, adquieren la nacionalidad del padre, y éste, si lo desea, puede casarlas con un compatriota y hacerlas vivir en Yemen, incluso contra su voluntad. Zana y su hermana fueron llevadas con engaño a Yemen con el pretexto de unas vacaciones para «conocer el país de su padre y su cultura», y allí se encontraron con que habían sido vendidas y casadas, sin posibilidad de rebelión.

Vender, y comprar, adolescentes de quince años, o niñas más pequeñas, es algo comúnmente aceptado en Yemen. Las leyes lo aceptan, las autoridades niegan los derechos de réplica de las mujeres, aunque el Corán indica que una mujer puede rehusar casarse contra su voluntad. Los mecanismos de subyugación son favorecidos por los poderes públicos, y puestos en práctica por una sociedad regida por hombres, donde las mujeres no pueden usualmente disponer de dinero, ni tienen la capacidad de moverse solas fuera de la casa. *Vendidas* es, así, una autobiografía de rebelión contra los poderes estatales y familiares. El Estado, protegiendo estas transacciones, mira para otra parte cuando se trata de la humillación de las mujeres, finge acatar las leyes pero, en realidad, favorece con el entramado de sus poderes los intereses patriarcales que elevan al jefe de familia a la categoría de señor todopoderoso. Y la familia, apoyada por los usos sociales, perpetúa este poder descargando una parte de su cumplimiento en los miembros femeninos del grupo. Los mecanismos de coacción se perpetúan por línea femenina mediante la educación.

Zana Muhsen, tras ocho años de sufrir toda clase de violencias, logró escapar, gracias a que pudo hacer que unos periodistas ingleses (que fueron confundidos con médicos voluntarios) se interesaran por su situación, pero tuvo que dejar en Yemen a su hijo. Su hermana, madre ya de tres hijos, todavía continúa en poder de la familia de su marido. A Zana, su experiencia la lleva, también, a pensar en otras mujeres en su misma situación:

Seguimos luchando por Nadia. Proceso internacional difícil, largo. Convencer a la justicia de que fuimos víctimas de un secuestro, de que nos vendieron y de que estos dos matrimonios fueron una violación durante años es terriblemente complicado. No somos las únicas, el mundo entero está lleno de miserias parecidas. Ignoro todavía en qué cima, a qué

altura de este planeta se oculta la verdadera libertad de las mujeres. En todo caso, no en las montañas del Yemen.

Y dedica su historia a

...todas aquellas a quienes la justicia olvida o escarnece, allí donde las leyes están hechas por hombres que las controlan, que las consideran menos que a los animales, que les roban el cuerpo, el alma y los hijos. (Muhsen, 276-7)

La marroquí Fátima Mernissi es autora de una autobiografía algo diferente. *Sueños en el umbral. Memorias de una niña de harén* es, en efecto, la narración de una infancia pasada en la elegante casa Mernissi, rodeada de mujeres, yendo a la escuela coránica, y aprendiendo a crecer como una niña feliz, gracias a los esfuerzos de su madre y de su abuela que la empujan fuera del harén, convenciendo al padre de que ella merece una educación diferente. Desde el umbral del harén, Mernissi agradece su educación en Francia, ya de jovencita, y recuerda la vida de su abuela y de su madre, obligadas a pactar continuamente con su realidad, más dura por la fuerza de leyes y tradiciones que por la misma imposición del hombre de la casa. Y lo peor, la dura jerarquía de las mujeres: las que, como la anciana Lalla Mani, la abuela de Fátima, han esperado y sufrido toda su vida, confiando en que la edad les daría el mando sobre las otras. En esa situación, el harén le parecía a la anciana el centro del mundo, y aleccionaba así a las pequeñas:

Los harenes eran maravillosos. Todos los hombres respetables se ocupaban de que sus mujeres no tuvieran que salir a la calle, siempre tan peligrosa e insegura. Les procuraban palacios preciosos con suelos de mármol y fuentes, buenos alimentos, vestidos bonitos y joyas. ¿Qué más necesitaba una mujer para ser feliz? Sólo las mujeres pobres como Luza, la mujer de Ahmed, el portero, necesitaban salir a trabajar y ganarse la vida. Las mujeres privilegiadas se ahorraban ese trauma. (Mernissi, 63)

Sin embargo, si una mujer vivía en el harén sin marido, como la tía Habiba que había sido repudiada, entonces tenía que hacerse invisible porque no tenía derechos, y sólo era mantenida por consideración de parentesco. Era el hombre el que daba a la mujer una posición en el harén, y la tía Habiba, humillada y sin derechos, sólo podía proyectarse hacia el exterior por medio de Fátima, a quien decía que las mujeres soñaban con que un día les crecerían alas. Y con la fuerza de los sueños de las otras mujeres, a Fátima Mernissi le crecieron las alas, y salió del harén a tiempo para recordarlo como la infancia dorada, sin percibir lo que tenía de frontera. Las mujeres que soñaban con alas la empujaron al umbral del harén.

Pero la violencia se sigue cebando en las mujeres, sobre todo en las adolescentes, cuando su familia es pobre y a ella hay que casarla para eliminar una

boca que alimentar. Así comenzó la historia de Phoolan Devi, más conocida como «La Reina de los Bandidos», que tuvo en jaque al gobierno de la India entre 1981 y 1983.

Casada muy niña con un hombre mayor que pagó por ella, fue llevada casi como esclava a la casa del marido para servirlo a él y a su madre, como era costumbre. Allí sufrió toda clase de vejaciones, así que trató de escapar pidiendo ayuda a un familiar. La huida se convirtió en su forma de vida, hasta que encontró a un hombre que la hizo su amante y la llevó con él a las montañas. Era un bandido, y con él aprendió a medir el verdadero valor de la ley para los indefensos. Por vengarse de una violación en grupo fue perseguida y encarcelada, pero no antes de que ella y su banda rindieran las armas.

Su historia, no obstante, sólo resultó escandalosa cuando ella se rebeló contra el orden establecido. Su vida no hubiera revelado la situación de las niñas que casan con once años si, encarcelada, no hubiera interesado a Irene Frain, novelista y periodista francesa, quien publicó por primera vez una historia que luego se repitió en otros libros y en multitud de reportajes. Así narra el día de su boda:

No comprendió por qué su madre tuvo tanto empeño en lavarla, en frotarla con aceite perfumado, e incluso peinarla. Al subir hacia el pueblo, un miedo sordo se apoderó de ella, y no se atrevió a sonreír hasta el momento en que vio a una de sus tías depositar ante ella la caja de pasta de alheña y trazarle sobre las manos y los pies, como a su hermana Rukmini unos meses antes, los dibujos que traen felicidad. [...] Ella tenía once años; él, treinta y uno. Todo había sido bueno para apresurar el día de bodas. El satisfactorio matrimonio de la mayor, Rukmini: a los catorce años acababa de ser madre. Las muñecas de Devi que eran aún enclenques: sus brazaletes de esposa costarían más barato. Los regalos que el novio ofrecía a sus padres: una bicicleta, una cama, una becerra. [...] ...sintió que le tiraban de los cabellos para enderezarle la cabeza, tan fuertemente que vaciló y se deslizó en el barro; y cuando se levantó, una mujer bajita, delgada y andrajosa se alzaba ante ella, sujetándola por la trenza; luego, con voz gangosa y agria, le soltó, antes de empujarla hacia la casa de Puttilal: «Se acabó. Ahora eres una mujer. Debes ocuparte de tu marido». (Frain, 32-35)

Las mujeres son las encargadas de pasar el testigo de la violencia que la sociedad bendice: Phoolan Devi pasa del dominio de la madre al de la suegra, sin solución de continuidad.

Por ello, no hay que perder de vista que la violencia sobre las mujeres no empieza en la relación conyugal, sino que, cuando ésta se da, lo que sucede es que se cierra un proceso que ha comenzado muy lejos, desde el centro del poder que pone en marcha dispositivos legales y administrativos de subyugación y de coacción, que no hacen sino favorecer a quien se siente en la casa representante de la dignidad patriarcal.

Del mismo núcleo del poder legal y social emana también otro tipo de violencia, como la que ha exigido a numerosas mujeres la renuncia al uso de su propio nombre si querían escribir y publicar sus escritos. Si Charlotte Brontë tuvo que firmar con el neutro pseudónimo de «Curren Bell» para poder publicar lo que escribía (lo mismo tuvieron que hacer sus hermanas), María Lejárraga optó por esconderse tras el nombre de su marido, Gregorio Martínez Sierra, porque su familia opinaba que una maestra no debía comprometer su reputación «metiéndose a literata».

Es el de María Lejárraga un caso sangrante de la existencia en una misma persona de dos situaciones opuestas: ella se sentía capaz de escribir, de colaborar con, por ejemplo, Manuel de Falla o Eduardo Marquina en situación de igualdad, y, sin embargo, aceptaba que su marido, Gregorio Martínez Sierra, firmase todas sus creaciones, incluidas las conferencias que ella escribía para las mujeres, y que eran leídas por él.

La coacción familiar y social (que, sin duda, actuaba sobre la, en otros aspectos, liberal familia Lejárraga) forzaron a María a volverse invisible, hasta el punto de que, sin autorización escrita de su marido, ni siquiera podía gestionar (que no cobrar) los derechos de autor de lo que él publicaba y ella escribía. Y resulta, asimismo, asombrosa, la información que da su biógrafa, Antonina Rodrigo, acerca de las reacciones en España ante su libro autobiográfico, *Gregorio y yo*, escrito en 1952, ya exiliada en Buenos Aires y viuda desde hacía varios años:

Gregorio y yo levantó un concierto de voces discrepantes, con esa leal solidaridad envidiable de los hombres para con los hombres. A pesar de ser un canto «al amado esposo», a María no se le perdona que ponga en evidencia su autoría a lo largo de ese medio siglo de colaboración y con voz «propia», con los mismos tonos y matices que tienen todas las obras firmadas por Gregorio. (Rodrigo, 343)

Resulta difícil de aceptar que una mujer que fuera, no sólo autora de numerosas obras de teatro, novelas, artículos y conferencias; que fuera, además fundadora de la Unión de Mujeres de España, miembro del Consejo Supremo Feminista desde 1920 y destacada diputada socialista durante los años de la República, consintiera en «desaparecer» voluntariamente, si no hubiera habido una violencia social, sutil, pero implacable, que la hubiera predispuesto a autocensurarse. Porque, con todo, sus ideas, sus convicciones personales y políticas acerca de la necesidad de luchar por las mujeres estaban bien claras. En sus mítines, haciendo campaña electoral en Granada, recuerda en su autobiografía política, *Una mujer por caminos de España*, cómo quería dirigirse a las mujeres pobres que la escuchaban:

Hablaré de la vida cotidiana, de su miseria, de su dolor, de cómo hay que vencerlos a fuerza de unión, de saber, de conciencia. Diré cómo es indispensable salir del pantano de la ignorancia, de la selva desesperada del

no saber, del enloquecedor laberinto del no comprender: hablaré a las mujeres, siempre a las mujeres, que son las que hacen el alma de los pueblos, del crimen de la resignación... (Martínez Sierra, 89)

La presunción de la locura y el consiguiente internamiento en el manicomio para comportamientos «desviados» en las mujeres es, también, un modo de coerción legal e institucional empleado para reprimir conductas producto de un tratamiento discriminatorio. «Un ángel en mi mesa» es la autobiografía de la neozelandesa Janet Frame (1924), quien narra su propio proceso de pérdida de identidad y su posterior recuperación gracias a la escritura. De hecho, su novela *Rostros en el agua* es la historia novelada de los años que pasó en tratamiento psiquiátrico. Sabemos de ella que

...su primera juventud la zarandeo con un complejo de inferioridad y una automarginación que la mortificaban: esa inestabilidad propició el error idiota que la llevó a ser internada (entre 1945 y 1954) en diversos sanatorios psiquiátricos. Después de sufrir más de 200 sesiones de electroshock y haber estado a punto de ser lobotomizada, el hecho de haber empezado a publicar y ganar premios pudo rescatarla de la destrucción. (S. Martín)

Podría decirse que la escritura autobiográfica que convierte en discurso comunicativo la experiencia personal forma, desgraciadamente, lo que podríamos llamar una geografía de la violencia, de cuyas voces, implicadas, comprometidas, nace siempre un deseo de solidaridad, de reforzamiento de las otras. De ese mismo deseo nacen, asimismo, las obras de ficción.

II. NOVELAS

Las novelas que se acercan, desde la ficción, a la violencia que se perpetra sobre las mujeres no son, en realidad, abundantes, pero contienen en sí mismas un mensaje testimonial que habla, sobre todo, de una sensibilidad perceptiva, de un modo de querer denunciar, con historias documentadas o no, pero de alguna forma, verdaderas, una situación real.

Un pequeño apunte sobre novelas distantes entre sí en espacios y situaciones sociales nos daría la medida de cuánto se acercan a la realidad las historias de algunas novelistas, y cómo éstas proyectan sobre entornos verosímiles los efectos del funcionamiento de los mecanismos de subyugación y coacción de la sociedad patriarcal sobre las mujeres.

La norteamericana Alice Walker, ampliamente premiada por su novela *El color púrpura*, en la que ya denunciaba la situación de violencia que padecían las jóvenes a las que obligaban a casarse en régimen de práctica esclavitud, publicaba, en 1992, *En posesión del secreto de la alegría*, una impresionante novela que

narra la historia de Tashi, una joven a la que someten al ritual de la clitoridectomía, y cuya vida se verá convertida en una pesadilla.

Mutilación y esclavitud son las raíces de la dominación masculina sobre las mujeres, se dice en la novela. Y esta tradición se lleva a cabo con la mediación de las madres de la tribu, mujeres mayores que colaboran, esclavizadas en su alma, a la dominación de las más jóvenes, las cuales entran, así, en el círculo sin salida del sufrimiento. Las múltiples voces de la novela reflejan, en su conjunto, el punto de vista de una narradora que combate la violencia que se perpetra sobre las mujeres como el único modo de lograr una convivencia realmente digna de los seres humanos.

Por su parte, la italiana Dacia Maraini (1936) ha dedicado mucha de su obra escrita, especialmente sus novelas, a tratar el problema de la violencia ejercida contra las mujeres, a raíz del hallazgo de un informe, que publicó novelado, acerca de Isolina, una muchacha que fue brutalmente asesinada y descuartizada más tarde para esconder el crimen y procurar de esa manera que un joven militar escapara del castigo. «Isolina» fue el punto de partida de una obsesión por rastrear las raíces de los comportamientos brutales contra las mujeres.

La larga vida de Marianna Ucría, novela posterior de Maraini, gira en torno a la vida de una mujer perteneciente a una aristocrática familia del Palermo del siglo XVIII. Sordomuda desde los cinco años, Marianna fue casada a los trece con un tío suyo de casi sesenta, con el que tuvo muchos hijos. Alrededor de esta mujer, Maraini teje la historia de una persona que vive en su interior entregada a la lectura y a la escritura, atenta en lo externo a cumplir con su papel de madre y de esposa, pero inmersa en un mundo propio de silencio cuyo origen violento ignora. Sólo a través del monólogo de un hermano suyo se entera el lector, casi al final de la novela, de cuál fue la causa de la deficiencia de Marianna:

Cierta noche se habían escuchado unos gritos que erizaban los pelos y a Marianna se la habían llevado el padre y Raffaele Cuffa, qué rara la ausencia de las mujeres... El hecho es que... Sí, ahora recuerda, el tío Pietro, ese cabrero maldito, la había cogido por asalto dejándola medio muerta... Sí, el tío Pietro, ahora todo está más que claro, ¿cómo podía haberse olvidado? Él decía que por amor, por amor sacrosanto, que adoraba a esa niña y que se había «vuelto loco...». ¿Cómo es que había perdido la memoria de la tragedia? Y después, sí, cuando Marianna se había curado, habían visto que ya no hablaba más, como si ¡zas! le hubieran cortado la lengua... El señor padre con sus recelos, su exasperado amor por esa hija... Tratando de remediar las cosas las había empeorado... Llevar una niña al patíbulo, ¿cómo podía habersele ocurrido semejante majadería?... para después a los trece años regalársela a ese mismo tío Pietro que la había violado cuando tenía cinco... Un bobalicón de cuidado, el señor padre Signoretto... Pensando que el daño causado era por culpa suya, tanto valía dársela por esposa... La pequeña cabecita lo ha borrado todo... No sabe... Y tal vez sea mejor así, dejémosla en la ignorancia, pobre mudita... (Maraini: 1991, 220)

El secreto entre hombres funciona como un pacto de complicidad y de comprensión por los delitos que hay que encubrir. El padre, el tío, el médico, los criados, todos los hombres involucrados, colaboraron para dejar impune la violación, dejando a la víctima encerrada en un mundo de olvido y de incomunicación del que no saldría, aunque tratará de encontrar en él un modo aceptable de evasión.

En su última novela publicada hasta ahora, *Voces*, Maraini cambia el momento histórico desplazándose hasta el momento presente. La protagonista es, ahora, una periodista que dirige un programa de radio y que un día, al volver de un viaje, descubre que una vecina suya muy joven ha sido asesinada pero que, horas antes, le había dejado un mensaje en el contestador.

La voz de esa muchacha le hace comenzar una investigación sobre otros casos de violencia contra las mujeres, y surgen otras voces, y el programa la va captando hasta que, un día, la investigación se vuelve peligrosa: se ha convertido en un discurso acerca de una violencia que va más allá de los golpes y las violaciones. Al igual que en la novela anterior, hay detrás del asesinato una historia de estupro, un viejo padrastro y una madre consentidora que no supo, o no quiso, cortar con la situación.

Las niñas vuelven a ser, de hecho, las grandes perjudicadas en un mundo de adultos depredadores o cómplices. Y ésta es, también, la preocupación de la mayor parte de los cuentos de *Para una voz sola*, de la también italiana Susanna Tamaro. Uno de ellos, *Love*, es especialmente significativo. Vesna es una niña de diez años con un labio leporino. Sus padres, miembros de una tribu del sur de Yugoslavia, tenían otros diez hijos, y a ella la vendieron a un comerciante, a cambio de dos neumáticos para la nieve. Éste, a su vez, la vende a un hombre que adiestraba a niños para pedir limosna o robar, y Vesna «trabaja» todos los días en un puente, del que un día se la lleva un hombre que abusa de ella en su casa.

El decurso narrativo refleja la fragilidad del personaje, una niña de la que todos disponen, y a quien le dicen en unas dependencias de la policía, después de detenerla, que va a tener un niño. La inocencia de la protagonista revela, sin embargo, una voluntad narrativa, un punto de vista implicado, que construye un discurso reivindicativo en el que la víctima resulta serlo por partida doble, pues ni siquiera tiene conciencia de que lo es.

Otras veces, la fragilidad de la víctima se convierte en locura, como sucede en otra historia de violencia, *Un aire de familia*, de la argentina Silvia Italiano (1950), una novela compleja que refleja en niveles superpuestos la violencia.

Una mujer joven, profesora universitaria, decide cambiar de vida radicalmente, y para ello abandona a su marido, a su madre y a su país (todos ellos sentidos como elementos represivos de su libertad), para vivir en Nueva York, donde se fabrica una personalidad nueva en la que se siente feliz. Sin embargo, esa felicidad presenta zonas oscuras, pues a veces ella misma percibe que está convirtiéndose en su hermana, desaparecida cuando ella era muy niña.

Las alteraciones del carácter de Cecilia se ponen de manifiesto cuando, al

final, consiente en volver a ver a su madre, y la entrevista revela un patológico entrecruzamiento de las personalidades de ambas hermanas, una locura larvada que encerraba una historia de incesto cuidadosamente sepultada por su madre, y que fue la causa de que la otra hermana desapareciera.

La madre se convierte, de nuevo, en representante de un poder que coacciona desde su capacidad para dirigir la situación e imponer silencio, mientras que el padre ejercía sobre ella un chantaje sentimental, convirtiendo la violación en seducción, pidiendo el secreto como complicidad. Italiano superpone a esta historia de violencia ejercida sobre las niñas otra violencia metafórica, la que se cierne sobre su país condenado al silencio tras unos años de abuso y terror, silencio que cierra en falso una herida que acaso se convierta en locura.

El compromiso de las escritoras con el mundo de las mujeres, con la denuncia de la violencia que a menudo se ejerce contra ellas, es paralelo al de las mujeres que han tratado de hacer que su experiencia sirviera de estímulo para otras denuncias. Es, en realidad, un movimiento solidario de compasión.¹

III. TESTIMONIOS REALES NO EDITADOS

Hay otras voces de esa geografía de la violencia que no han llegado a las imprentas, pero que son trozos de realidad que hacen más evidentes los textos que hemos repasado. Por mediación de una doctora amiga que trabajó unos meses en países centroamericanos, han llegado a mis manos algunos relatos manuscritos de mujeres que están en un centro de acogida, cuyo nombre, e incluso país, deben quedar en secreto.

Se trata de mujeres jóvenes que han sufrido abundantemente la violencia, sobre sus cuerpos y sobre los cuerpos de sus hijos. La huida, propiciada por una organización humanitaria, ha sido la manera de sustraerse a una situación imposible de sostener, porque las autoridades no consideran los malos tratos un delito punible. En una situación de aguda carencia material, los hombres descargan en sus mujeres la violencia acumulada por los poderes estatales, y el Estado mira hacia otra parte, seguramente en «justa» compensación. Lo más duro es, sin embargo, leer en estos manuscritos cómo las mujeres quieren creer a sus maridos cuando, después de haberlas golpeado, les vuelven a decir que las quieren. El mecanismo de seducción, reforzado por la educación religiosa y familiar que reciben, las prepara para ello.

Me he permitido transcribir, suprimiendo datos concretos, algunos frag-

¹ Llega a mis manos en el momento de entregar este artículo una novela que narra la historia de una mujer china nacida en 1900, y educada en la forma tradicional, que incluye el rito de los pies vendados. Dado que no he podido darle más que una ojeada, me permito incluirla como una muestra más de violencia sobre las mujeres de la que no había hecho mención. Se trata de la novela de Pang-Mei Natasha Chang, *Pies vendados y traje occidental*, de la editorial Seix Barral.

mentos de estos relatos que me han sido cedidos, incidiendo en aquéllos que incluyen la decisión de rehacer la vida.

«Ahora estoy en un lugar resguardada con mi hija y la muchacha, por nuestra seguridad. Él me ha buscado por todas partes, ha ido hasta X donde mi mamá a buscarme. Mi mamá ya sabía de toda mi situación, pero aun así no ha podido encontrarnos y todavía las leyes no han definido nada para este hombre que es un criminal, un violador, y todavía anda suelto. Yo sólo quiero que se le castigue por todo lo que me ha hecho y le ha hecho sufrir a mi hija también. Yo no puedo vivir escondida toda mi vida para que no me mate y él ande tan tranquilo. Por mí, por mi hija, les pido a todas las gentes del mundo que vayamos terminando con todo este tipo de violencia hacia las mujeres, que somos seres humanos y nadie merece ser golpeado y torturado como lo hizo mi esposo conmigo. Que si hay mujeres en situaciones de violencia, que se decidan a denunciarla y salir de esa situación, por ellas, por sus hijos y por todas las mujeres del mundo que sufren esta violencia. Pido por el lugar donde me encuentro, que me ha brindado todo su apoyo, y que es para mujeres que sufrimos, y que carecemos del apoyo del gobierno. Sólo este organismo de mujeres nos brinda su poca posibilidad de apoyarnos en un lugar seguro, hasta que nuestra situación se arregla. Yo me encuentro aquí resguardada, esperando que las leyes definan algo para mi esposo y con la esperanza de que algún día voy a salir, y que la definición del juez sea justa, y que piense en los seres humanos que somos, y que tenemos derecho a vivir y vivir en libertad, y en paz, sin violencia».

«Estoy aquí en esta casa albergue. Estoy decidida a no volver a estar con Y, ese sufrimiento yo ya no lo vivo. Hoy sólo me quedan esperanzas y deseos de superarme, y fuerzas para luchar por mis hijos. [...] Tengo que superarme, y ya verás, ojalá lo logre, creo que lo merezco, y pongo todo de mi parte para poder levantarme, y no sólo porque es necesario, sino también por el futuro de mis hijos. Tengo que luchar por ellos, y también para mí».

«No he puesto algunos incidentes por dolorosos, ya que incluyen torturas (quemada con cigarros y con espelma de candela, puyazos con tenedores). Ahora tengo 22 días de estar en la casa albergue y me siento muy bien, tranquila, con la plena seguridad de no volver con él, ya que otra golpeada no se la da a mis hijos y a mí. Y con la seguridad de que voy a salir adelante luchando sólo para mis hijos siempre».

«Pienso buscar un trabajo, buscar una guardería para que cuiden a mi hija, luchar para salir adelante. No sé aún si estoy embarazada porque tengo 3 meses de no ver regla. Además, ahora sé que él no tenía derecho de golpearme, y en una relación futura tengo que fijarme qué tipo de hombre es. En la casa albergue me siento bien porque no me golpean, tengo mi comida, duermo tranquila, me siento feliz, y primero Dios, así tengo que vivir feliz».

Sólo una de estas mujeres plantea críticas a un sistema legal que no les ofrece protección tratándolas como a seres humanos. Las demás sueñan con

reinsertarse en una sociedad, la que conocen, cuya injusticia estructural no critican, inmersas en una situación de injusticia más primaria, cercana e individual.

Tal como ha pasado en algunas otras experiencias de albergues,² las mujeres tratan de reinsertarse en un sistema sin analizar otros elementos que podrían resultarles más amenazadores. Sus textos son, no obstante, un efectivo medio de toma de conciencia personal y colectiva.

EN FIN...

Es innegable que la literatura aporta, en autobiografías y en relatos de ficción, un aspecto significativo cuando queremos examinar a través de las historias de las mujeres los mecanismos que funcionan en los comportamientos políticos y culturales de una sociedad patriarcal.

Las narraciones muestran su valor paradigmático y testimonial en la medida en que son toma de conciencia de una situación, pero resultan tanto más significativas cuando las protagonistas adquieren un compromiso de género, es decir, cuando desean elevar su experiencia al nivel de imagen que proyecte sobre otras mujeres en la misma situación el deseo de salir de ella. Narrar la violencia como una mujer es, en realidad, situar a la víctima como un sujeto sin poder que lucha por sustraerse al dominio. Narrarla como un hombre, en el sentido patriarcal, sería crear la ficción de que la víctima es, en realidad, sujeto complaciente y complacido (como sucede en multitud de casos). Ante las narraciones examinadas, escritas por mujeres, sólo quien lee como una mujer, es decir, en actitud de deconstruir los mecanismos del poder, logra colocarse en el lugar del más débil. En este caso, de la más débil: la mujer, la niña.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMAN (1994): *Amán. Historia de una joven somalí*, Barcelona, Seix Barral.
 DURRANI, Themina (1994): *Mi señor feudal*, Barcelona, Muchnik Ed.
 FRAIN, Irene (1994): *Devi*, Barcelona, Seix Barral.
 ITALIANO, Silvia (1995): *Un aire de familia*, Barcelona, Seix Barral.
 MARAINI, Dacia (1991): *La larga vida de Marianna Ucría*, Barcelona, Seix Barral.
 id. (1995). *Voces*. Barcelona, Seix Barral.

² Resulta muy interesante el artículo de K.E. Supriya, *Confessionals, Testimonials: Women's Speech in/and Contexts of Violence*, que examina, a partir de los relatos de unas mujeres inmigrantes de países asiáticos acogidas en un albergue de Chicago, los mecanismos de subyugación que actúan en ellas por partida doble: por ser inmigrantes, desprotegidas, y por pertenecer a culturas que, trasladadas a un país extranjero, aumentan sobre ellas su poder, acentuando su indefensión.

- MARTIN, Salustiano: «Janet Frame. Un ángel en mi mesa» *Reseña* n. 236, febrero 1993, p. 35.
- MARTINEZ SIERRA, María (1989): *Una mujer por los caminos de España*, Introd. de Alda Blanco. Madrid, Castalia/Instituto de la Mujer.
- MERNISSI, Fátima (1995): *Sueños en el umbral. Memorias de una niña del harén*, Barcelona, Muchnik Ed.
- MUHSEN, Zana-Crofts, Andrew (1993): *Vendidas*, Prólogo de Betty Mahmody. Barcelona, Seix Barral.
- RODRIGO, Antonina (1992): *María Lejárraga, una mujer en la sombra*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- SUPRIYA, K.E: *Confessionals, Testimonials: Women's Speech in/and Contexts of Violence, Hypatia* (Women and Violence). Fall 1996, pp.92-106.
- TAMARO, Susanna (1992): *Love. Para una voz sola*, Barcelona, Seix Barral. pp. 21-48.
- WALKER, Alice (1992): *En posesión del secreto de la alegría*, Barcelona, Plaza & Janés.